

Cuatro poemas

Aurora Saura

I

No podemos nombrar la primavera china,
y por ello es seguro
que los naranjos allí florecen de otro modo
y las gentes le ponen a la luz
otra mirada.
No conoces el ritmo,
ni los signos ni el orden
para la noche árabe:
allí no será el mismo
ese olor de jazmines.
Sientes que en otras lenguas hay un frío distinto,
un tacto diferente,
otros brillos y sueños:
nostalgia inevitable de lo que no sabremos.

La Historia cuenta cómo se acercaba el Espíritu
trayendo el Don de Lenguas.
Y —para no inquietarnos—
olvida su otro nombre:
Don del Conocimiento.

II

A los poetas alemanes

Como la hoja de un árbol cuyo brillo
en la tarde de junio
alguien mira.
Así nosotros.
Como la hoja que alguien
se detiene a mirar
en la luz de la tarde,
y luego olvida.
Así el tiempo pasando
a través nuestro:
así nosotros.

III

Orlando's London

En los parques aguarda Orlando joven:
una llegada, un salto, un cambio apenas.
En los parques se agitan las pisadas,
los juegos y las risas, el encuentro
de la sombra de Orlando entre los árboles.
Orlando va alterando los senderos,
anda grave y audaz; despierta o sueña.
Londres lo envuelve todo y le señala
las formas de su rostro y otros pasos.
Londres se cierra en torno y le devuelve
desde cada ventana nuevos gestos.
La ciudad es de Orlando. O mejor dicho:
Ella y él y nosotros somos Londres.

IV

A Julio Cortázar

La palabra ARMONIA es un dibujo curvo,
una trama de líneas de perfección redonda:
comienzo su silueta
con el cuidado atento con que talla el orfebre
el metal y la piedra.

La palabra ARMONIA es un juego de arcos,
un broche escandinavo
que estoy viendo enhebrarse en el aire de julio.

He empezado a trenzar, con el dedo y los labios,
los compases primeros,
el principio del círculo.
Pero, en alguna parte,
con ojos obstinados,
el niño que tú eras
está cerrando el último, el signo más perfecto.